

*Del Lenguaje y su cuidado**

ALEJANDRO ESCUDERO PÉREZ**

e-mail: aescuderop@hispavista.com

Recepción: 20-01-13

Aprobación: Debido a la trayectoria académica del autor este artículo
no ha precisado de dictaminación.

RESUMEN

Respecto al lenguaje cabe contraponer dos actitudes enteramente distintas, el cuidado del lenguaje y el dominio del lenguaje. La segunda actitud lleva a cabo una instrumentalización de la lengua rechazada desde la constatación de que el lenguaje nos reclama su cuidado y no su dominio.

Palabras clave: Lenguaje, signo, estructura, acontecimiento.

ABSTRACT

Regarding to language, we can contrast two entirely different attitudes: the care of the language and the domain of language. The second approach carries out an instrumentalization of the language that is rejected by the confirmation which language reclaims us its care and not its domain.

Keywords: Language, sign, structure, event.

* Este artículo ha sido elaborado dentro del Proyecto de Investigación FFI2009-11921, denominado “Interpretación y verdad en la hermenéutica fenomenológica”, dirigido por Ramón Rodríguez García.

** Profesor de la Facultad de Filosofía de la UNED (España). Su investigación se desarrolla en el campo de la filosofía contemporánea, especialmente en asuntos relacionados con la fenomenología y la hermenéutica. Es autor del libro *El tiempo del sujeto (un diagnóstico de la crisis de la modernidad)*, ed. Arena, 2009.

INTRODUCCIÓN

Esbozaremos aquí una “filosofía del lenguaje”. A cada paso, por lo tanto, dejaremos pendiente el desarrollo de todas y cada una de las tesis que vayamos encadenando. Una teoría filosófica que no exponga y argumente con detalle sus principales ideas a lo sumo vale como hipótesis. En este provisional y precario estatuto se moverá, inevitablemente, por lo tanto, lo que en adelante afirmemos.

En el siglo XX se ha anunciado a bombo y platillo un “giro lingüístico” en la filosofía. Algunos han llegado a presentarlo como el definitivo “tercer paradigma” de la filosofía: tras la ocupación con el “ser” y con la “conciencia” la atención al *lenguaje* permitirá solucionar de una vez por todas los problemas filosóficos capitales; gracias, pues, al “paradigma del lenguaje” todo será finalmente explicado y fundamentado o, al menos, estará en vías de serlo¹. ¿Hay que confiar en las panaceas, en los anuncios grandilocuentes, en las recetas mágicas y milagrosas? No lo creo. Suelen camuflar una ausencia de razones. Y no hay ninguna, me parece, que avale la creencia en la llegada de un “tercer paradigma” o algo de ese estilo. Es más, no conozco ninguna argumentación convincente que pruebe que la pregunta por el lenguaje —una cuestión necesaria y legítima, sin duda— es *la* pregunta filosófica; esperar de ella, por otro lado, la fundamentación definitiva del mundo es, nos parece, esperar en vano, pues en primer lugar debería probarse algo que está lejos de ser claro: que el saber filosófico es el saber del Fundamento. Tal vez lo haya y deba ser buscado, pero acaso no sea otra cosa que un tenaz espejismo que se desvanece cuando se cree estar tocándolo con los dedos. El debate filosófico concluirá al respecto lo que sea; a él, a su “tribunal”, remitimos el “caso” —¿es o no la filosofía una empresa de fundamentación?— a fin de que sea convenientemente juzgado. A nosotros, por el momento, nos basta con

¹ «Es ya habitual hablar de la filosofía del siglo XX como caracterizada por lo que se ha llamado el *giro lingüístico* o, en expresión menos extendida, por el paso a un paradigma lingüístico que dejara atrás el paradigma ontológico de la filosofía griega y el paradigma mentalista de la filosofía de la conciencia moderna. Esta misma idea ha llevado incluso a preguntar “si en nuestros días, la filosofía del lenguaje no ha pasado a desempeñar la función de *filosofía primera* que Aristóteles asignó (atribuyó) a la ontología y más tarde se reclamó para la *epistemología* o *filosofía transcendental* en el sentido de Kant” (K. O. Apel)», Cristina Corredor, *Filosofía del lenguaje (Una aproximación a las teorías del significado del siglo XX)*, ed. Visor, 1999, p. 17.

saber que en la pregunta por el lenguaje se aborda una indagación filosófica legítima y necesaria.

Como tal la filosofía del lenguaje se pregunta: ¿qué *es* el lenguaje? El “es” presente en la propia cuestión indica que preguntamos en ella por el “ser”, el *ser* del lenguaje, es decir, por la “esencia” del lenguaje. Es cierto que en una pregunta filosófica no debe nunca darse por asentado y transparente el sentido de “ser” o de “esencia” (tampoco, por cierto, que ambos términos sean sin más intercambiables). El propio desarrollo de la respuesta a la cuestión formulada irá exigiendo su revisión, irá pidiendo precisiones respecto a los términos empleados en ella, etc. Por ahora, sin embargo, debemos atenernos a la pregunta planteada e intentar darle una respuesta adecuada.

Si preguntamos por la “esencia” (por “qué es...”) de un “agujero negro”, un “satélite meteorológico” o “En busca del tiempo perdido” nos vemos inmediatamente remitidos a un estado y un estadio del saber científico, técnico o artístico, respectivamente. Sólo acudiendo a ellos podemos obtener una respuesta. Pero lo que denominamos “lenguaje” no parece, en una primera inspección, consistir en alguno de los posibles “contenidos” de alguno de los distintos tipos de saber mundano. Parece ser, en principio, algo más básico y radical, algo que, de algún modo, tiene que ver con la posibilidad de formular o dar expresión a esos distintos “contenidos”, en cualquiera de los distintos ámbitos en los que éstos comparecen. ¿Qué indica lo que acabamos de subrayar? Para empezar, que un aspecto clave de la respuesta a la pregunta por el *ser* o la *esencia* tiene que ver con dar con la “ubicación” del lenguaje, con encontrarle o reconocerle *su* “sitio”². ¿Cuál es el “lugar” del lenguaje? Importa averiguarlo. Sin embargo, por el momento, carecemos de los elementos necesarios para arriesgar una respuesta argumentable. Nos limitaremos, pues, a proporcionar respuesta a dos cuestiones más ‘inmediatas’, más fáciles de abordar —sólo así, tal vez, iremos obteniendo los recursos que nos permitan “localizar” al lenguaje—:

² Una consecuencia de la brevísima argumentación anterior puede ser formulada así: la filosofía del lenguaje *no* es lo que puede denominarse como “ontología regional” (ese aspecto de la pregunta filosófica que interroga uno a uno los distintos ámbitos del saber de los entes —dando pie, así, a que sea legítimo hablar de una “filosofía de la ciencia” o de la técnica, o de la moral, de la política, del arte, de la religión, es decir, de las diferentes clases de saber—). El lenguaje, sea lo que sea, de alguna manera las atraviesa y sostiene a todas (las *obras* de los saberes requieren, en buena medida, una exposición o plasmación o expresión lingüística de sus fenómenos).

—¿*Qué* “hace” el lenguaje”? ¿*Cuál* es su “acción”?

—¿*Cómo* “hace” el lenguaje eso que “hace”? ¿*Cómo* es *en* esa “acción” *suya*?

Desde otros enfoques cabe proponer otras preguntas (por ejemplo, ¿qué hacemos nosotros —los hombres— con nuestro lenguaje? Etc.). Las preguntas filosóficas —radicales en la medida en que pretenden ir a la ‘raíz’ de los fenómenos— son, en el orden del filosofar, a la vez lo primero (aquello de lo que se parte en toda investigación) y, también, algo que sólo puede acuñarse y precisarse en medio de otras respuestas y de otras preguntas rivales. Esto explica, en parte, su incierto y precario estatuto. Además, y en la medida en que las preguntas son lo que orienta y guía la indagación, pueden conducir a lamentables extravíos. ¿Qué dirime, entonces, cuáles son los interrogantes acertados? Dicho con rapidez: su fecundidad, su fertilidad. Si las preguntas que acabamos de formular son fértiles y fecundas —o estériles e infructuosas— es algo que de antemano no puede establecerse, ya se verá.

Antes de intentar una respuesta a cada una de ellas —algo que conducirá, finalmente, a las ‘conclusiones’ que pondrán término a este esbozo— en nada estorba subrayar que el “lenguaje” en absoluto es ajeno o indiferente a la ‘concepción’ que de él tenemos (y lo que no puede ocurrir es que no operemos con ninguna, sea cual sea su grado de elaboración: siempre ya hemos respondido a la pregunta por la ‘esencia’ del lenguaje —siempre estamos en una de las respuestas posibles a esa cuestión—). Le concierne y le afecta cómo lo entendemos. Corresponde al saber filosófico volver explícitas esas ‘concepciones’ (casi siempre implícitas, tomadas como ‘obvias’ por el ‘sentido común’) y emprender la ardua tarea de su ‘discusión crítica’. Ese es su designio, su complicado cometido.

1. LA ACCIÓN DEL LENGUAJE

El lenguaje —cada una de las lenguas³— *actúa* mostrando, revelando, enseñando, patentizando los entes, los diferentes fenómenos que se

³ Entre las lenguas y ‘el lenguaje’ hay una *diferencia* que debe ser tematizada, pues tal vez ellas obliguen a ser cautos a la hora de pretender aislar algo así como ‘la *esencia* del lenguaje *en*

ofrecen y exponen a través de las distintas *obras* del saber. Su *acción* consiste, de un cabo a otro, en *decir* lo que se muestra, lo que se da y, así, comparece saliéndonos al paso en cada uno de los ámbitos del saber (ámbitos dentro de los cuales se desarrollan nuestros comportamientos y actividades). Dicho sea ‘en griego’: el lenguaje lleva a cabo un *légein tà phainómena*. Al *designar* algo se le *asigna*, en definitiva, unos *rasgos*, unas propiedades y/o relaciones: se lo define, identifica, resalta, destaca, se lo pone de relieve como tal o como cual exponiendo así cuál es su propia e interna ‘consistencia’⁴.

Nuestra primera tesis, nuestra primera repuesta a la pregunta referida a cuál es la *acción* del lenguaje, sostiene: lo que es, en cualquiera de los ámbitos del saber (desde la ciencia a la religión, pasando por la técnica, la moral, la política y el arte), comparece y se muestra en su propia y peculiar consistencia *denominado, verbalizado, apalabrado*⁵. El *decir*, es, así y en definitiva, un mostrar, un presentar que una y otra vez despeja –polémicamente, en un diálogo multilateral, en una confrontación sobre lo que *es*– la incógnita en la formula primordial “algo (=X)” inscrita en el corazón de todos y cada uno de los ámbitos del saber.

Lo que sencillamente acabamos de exponer encierra a cada paso enormes dificultades, envuelve la inconmensurable complejidad que encierra el fenómeno del lenguaje en tanto en su *acción* se delata como *lenguaje de los fenómenos*, como un ingrediente imprescindible en su notificarse y darse al saber (en su “autopresentación” –por emplear esta certera idea de Gadamer, pues como este señala, *en* el lenguaje y *con* él, los fenómenos se ‘autopresentan’–). Es imprescindible, una y otra vez, poner coto a los distintos extravíos que aquí nos acechan desviándonos de lo que deseamos entender: la *acción* del lenguaje.

general. En todo caso exigen que se aclare y precise el estatuto de los términos que acabamos de remarcar.

⁴ M. Heidegger, “La esencia del lenguaje” (1957) en *Unterwegs zur Sprache*, ed. G. Neske, 1959. Ver también el importante ensayo de Ramón Rodríguez “El lenguaje como fenomenología”, en *Hermenéutica y subjetividad (ensayos sobre Heidegger)*, ed. Trotta, 1993.

⁵ El término ‘apalabrar’ remite (además de a ‘conceder –a algo– una/su palabra’ o también a ‘dar –a algo– la palabra’) a una ‘negociación’, a un ‘acuerdo’ entre varias partes sobre un asunto común. Y, en efecto, el ‘decir mostrativo’ o ‘presentativo’ (la acción original del lenguaje) implica un ‘diálogo’ (una ‘contienda’, una ‘disputa’) entorno a ‘lo que *es*’ en tanto en cuanto los fenómenos *son* esto o aquello en medio de un *decir común* a ellos referido.

Un posible extravío lo constituye una inteligencia “idealista” o “realista” de la acción del lenguaje. Ambas tesis –que admiten una gran variedad de desarrollos y matices– se apoyan auténticos aspectos de esa acción. Su refutación, por ello, debe emprenderse una y otra vez, y nunca puede darse por definitiva, por concluida. En la “cosa misma”, por decirlo así, reside la raíz del equívoco. ¿A qué obedece el recurrente resurgir de esas posiciones? Al recurrente olvido de dos ‘datos’ o ‘fenómenos’ primarios –tan evidentes que una y otra vez los perdemos de vista, los ignoramos–: el a priori de correlación y el ser-en-el-mundo⁶. Nos fijaremos, sólo, por el momento, en el segundo de ellos. ¿Qué sucede a partir de lo que éste nos indica? Lo siguiente: *ab initio*, *a radice*, soy o somos en el mundo. Ni hay un ‘sujeto’ enfrentado y contrapuesto a un ‘objeto’ ni uno de ellos ejerce en solitario el papel de fundamento del otro. Sólo hay experiencia, comparecencia de fenómenos, a partir de la unidad diferenciada del ser-en-el-mundo⁷. Y el ser-en-el-mundo, retomando el tema que nos ocupa, es necesariamente un *estar-en-el-lenguaje* (es decir, en un mundo ya significado o ya lingüísticamente interpretado, poblado por plexos de “cosas dichas” plasmadas en significaciones).

A la tesis anterior –el decir del lenguaje actúa *mostrando* los entes en los ámbitos del saber– encadenaremos ahora otra: el lenguaje es un *a priori*, un ingrediente o elemento de las condiciones de posibilidad de la experiencia del mundo, de la comprensión de los fenómenos (sea la comprensión científica, técnica, moral, política, artística o religiosa). Insistimos en que deben introducirse aquí muchas precisiones sin las que esto se presta a todo tipo de malentendidos y confusiones. Preguntemos –con el fin de empezar el desarrollo de esta ingente tarea–: ¿qué tipo de *a priori* es el lenguaje? Es posible responder, nos parece, orien-

⁶ En mis artículos “El idealismo transcendental y el problema del mundo externo”, Rev. *Éndoxa*, n° 18, 2004, y “Del comportamiento y el fenómeno: el a priori de correlación”, Rev. *Éndoxa*, n° 25, 2010, pueden encontrarse algunas precisiones sobre el a priori de correlación y el ser-en-el-mundo como dos a priori inherentes al conjunto de la experiencia de los fenómenos, del saber de los entes.

⁷ En la propia expresión los guiones nos avisan de que el campo fenoménico primario, el orbe abierto en el que los saberes elaboran sus ámbitos temáticos, no está surcado por una escisión o separación dualista entre, por ejemplo, lo mental e interno y lo material y externo, etc. El cartesianismo aún reinante –a pesar del esfuerzo de Heidegger o de Ryle, por citar ejemplos procedentes de dos tradiciones distintas– sigue enturbiando bajo nuevos ropajes este decisivo asunto.

tándose por la vía que indica la tesis siguiente: como *a priori* el lenguaje es un *medio*. Desarrollaremos esta idea –no exenta de equívocos⁸– en dos sentidos complementarios.

En primer lugar el lenguaje es “medio” porque actúa como *mediación* (como *mediador* o *intermediario* –¿en qué? en la fenomenalización de los fenómenos–)⁹. Toda experiencia del mundo –toda comprensión de los fenómenos, en cualquiera de los saberes ónticos– está “*mediada* lingüísticamente” (lo cual indica, además, la intrínseca “mediatez” de la experiencia, de la comprensión). Esta tesis, si se consigue probar, arrastra consigo un buen número de consecuencias de gran alcance. Si así fuese, por ejemplo, caería por su propio peso la pretensión de que en algún punto cabe alcanzar una experiencia pura, desnuda, transparente, bajo un sol o una luz que despeja toda opacidad, cualquier sombra. Lo que anhela –de muchos modos– la ‘metafísica de la Presencia’ se revelaría como una –tenaz, persistente– ilusión: ni hay ni cabe –aunque sea a título de ideal a perseguir– una experiencia inmediata, directa y, tampoco, una comprensión del mundo completa, exhaustiva, definitiva, capaz de acceder a la esencia de los fenómenos y recogerla en un único concepto, en una única definición¹⁰. No hay, pues, experiencia sin que ocurra un necesario e insuperable “rodeo”: el de la “mediación lingüística”¹¹. Dicho de otro modo: la presentación

⁸ El principal de los equívocos es considerar que el lenguaje es un “medio” para un “fin” previo; una consideración que convierte al lenguaje en un “instrumento” más o menos eficaz, etc. Esto explica, en parte, que el lenguaje haya sido una y otra vez “instrumentalizado” (en el plano teórico la primera ‘instrumentalización’ de la que tenemos constancia se debe a Platón y Aristóteles; volveremos sobre ello).

⁹ «Este cambio de paradigma no está determinado por una particular atención al lenguaje; pues éste, como tema de reflexión, ha estado presente en la historia del pensamiento desde un comienzo. Se trata, más bien, de la conciencia de que el lenguaje representa una mediación inevitable en nuestro acceso a cualquier otro ámbito de estudio o de actividad... El lenguaje aparece como condición para la posibilidad y la validez de nuestro conocimiento de la estructura del mundo. El carácter inevitable de esta mediación lingüística...», p. 17, Cristina Corredor, *Filosofía del lenguaje*, op. cit.

¹⁰ Surge aquí el grave problema de si hay o no hay, y cómo, etc., unas “condiciones de posibilidad” de la experiencia del mundo que sean universales y necesarias, únicas y definitivas. Si el lenguaje, como acabamos de afirmar, es un *a priori* de la comprensión de los fenómenos lo sería en un sentido que tiene que ser, por lo tanto, precisado cuidadosamente. Esto obliga, además, a tener que matizar en qué sentido cabe sacar a la luz algo así como la ‘esencia’ del lenguaje ‘en general’. Queda pendiente, pues, una minuciosa discusión de estas arduas cuestiones.

¹¹ Por otro lado, y esto apunta a un tema crucial, no sólo hay una mediación lingüística de la experiencia, sino también una “mediación sensible”. Lingüisticidad y Sensibilidad son, en

o manifestación lingüística de los entes implica la irrebasable “finitud” de la experiencia o, también, abundando en esto mismo, cabe argumentar que no hay saber sin “presupuestos” (sin lo que, por ejemplo, Gadamer ha denominado “prejuicios” —unos presupuestos, inherentes a cada uno de los saberes fenoménicos, que van incorporados o que están recogidos en el lenguaje—).

En segundo lugar el lenguaje es un *medio* porque opera como *superficie de inscripción*, como sitio de registro¹². Esa inscripción es siempre *doble*: inscripción de los fenómenos *en* el lenguaje¹³ e inscripción del lenguaje mismo (de un sistema de signos —de un ‘código’ en el cual se forjan y destilan significaciones—)¹⁴.

Nada de lo expuesto agota ni de lejos las virtualidades de la noción de “medio” una vez se lo toma como hilo conductor con el que intentar explicar en qué consiste la *a prioridad* del lenguaje. Puede y debe, aún, ahondarse en esta dirección.

Por último —en esta preliminar caracterización de la *acción* del lenguaje— subrayaremos que las posibilidades y los límites del lenguaje son, también, las posibilidades y los límites del mundo y su experien-

pie de igualdad, dos a priori irreducibles entre sí, dos formas de acceso a partir de las cuales se articula, plasmándose en *obras*, el saber de los entes, la comprensión del mundo propia de la praxis vital (embarcada en esas actividades a las que llamamos “ciencia” o “arte”, etc.). Esta es una de las razones por las que el denominado “giro lingüístico” topará siempre con un límite que no puede traspasar en la medida en que su aspiración a suprimir o superar la Sensibilidad está abocada, nos parece, al más estrepitoso de los fracasos.

¹² La fenomenología es, necesariamente, una gramatología: no hay lenguaje —ni, pues, experiencia lingüística de los fenómenos— sin una *inscripción* en una *superficie*. Jacques Derrida es quien más ha llamado la atención sobre este decisivo aspecto de la cuestión del lenguaje.

¹³ Es decir: mostración del ente en unas significaciones que destacan sus propiedades y/o relaciones, eso en lo que ‘consiste’, los rasgos que lo definen y con los que, por ello, se manifiesta, comparece. Es en este nivel, por cierto, donde tiene que plantearse el importante asunto del sentido y de la verdad, de la verdad del sentido, en definitiva.

¹⁴ La doble inscripción, por cierto, explica la ‘reflexividad del lenguaje’, la posibilidad de ‘hablar sobre lo que habla’ (por aludir al título de un excelente libro de Agustín García Calvo). De todos modos la ‘reflexividad’ *no* es en modo alguno la *fuerza* del lenguaje sino más bien su debilidad: sólo cuando o donde el lenguaje desfallece se torna o puede tornarse un ‘asunto temático’ (algo *sobre* lo que hacemos enunciados —y no algo que enuncia o designa fenómenos en el seno de un ámbito del saber—). El ensayo de J. Derrida “Fuerza y significación” (incluido en *La escritura y la diferencia*) pone de relieve esta situación (que afecta, por ejemplo, a la lingüística o a la crítica literaria —y a la filosofía, o mejor, a aquellas filosofías que renuncian al difícil empeño de dirigirse, en la medida de lo posible, hacia el *punto* en el que el lenguaje *actúa* con toda su *fuerza*—).

cia. Ya Wittgenstein, en su *Tractatus Logico-Philosophicus*, enunció algo así. Pero lo hizo –obnubilado y obcecado por los hallazgos de la lógica matemática– creyendo que era posible fijarlos de una vez por todas¹⁵. Sin embargo no es así, como él mismo reconoció en su posterior propuesta filosófica: no cabe poner puertas –definitivas, irremovibles– al campo de la experiencia del mundo. Los límites del lenguaje y los límites del mundo –sus posibilidades respectivas, mutuamente entrelazadas– son revisables, pueden llegar a ser redefinidos, retrazados, reestablecidos. Cómo y cuándo ocurre tal extraordinaria cosa debe esclarecerse, sin duda, por supuesto. Es importante, de todos modos, precisar algo. Una lengua es la *totalidad* de lo que en ella puede ser dicho, de lo desde ella mostrable y, así, compareciente: es la totalidad de las significaciones que cabe destilar y forjar en ella. Pues bien, esa totalidad (constituída por *posibilidades* – posibilidades de *decir*, de ser así algo *manifestado*–) está siempre asediada –desde fuera y desde dentro– por lo *indecible* y lo *inmostrable* en ella. El límite –y es lo que pretendemos destacar en este contexto– se establece entre lo decible y lo indecible, entre lo que puede darse y lo que se sustrae a su exposición lingüística. Esto es así para todas y cada una de las lenguas. La *vida* del lenguaje, como tendremos ocasión de resaltar en seguida, es la resultante de la pugna constante entre esos dos lados del *límite* que atraviesa y sostiene las posibilidades de la comprensión lingüística del mundo, en cualquiera de sus ámbitos¹⁶.

2. EL LENGUAJE EN ACCIÓN

¿Cómo es, *en su actuar*, el lenguaje? El lenguaje es, por un lado, “*estructura*” y, por otro, a la vez, “*acontecimiento*”¹⁷. Con el fin de aclarar inicialmente ambos aspectos de la *acción* del lenguaje recurriremos en primer

¹⁵ En el artículo “Wittgenstein o el silencio de la filosofía”, Revista *Turia*, n° 15, 1990, abordé este asunto intentando sacar a la luz la principal aporía que desmiente las pretensiones de los programas logicistas propios de la filosofía analítica de la primera mitad del siglo XX.

¹⁶ El filósofo que con más vigor ha contribuido a sacar a la luz el problema del límite en toda su densidad y complejidad es, sin duda, Eugenio Triás (desde su libro de 1985 *Los límites del mundo* hasta su reciente *El hilo de la verdad*).

¹⁷ Esta distinción no debe confundirse con otras como las de lengua/habla (o ‘acto de habla’), sincrónico/diacrónico, reposo/movimiento, etc.

lugar a las ‘ciencias del lenguaje’ y, en segundo lugar, a las ‘artes del lenguaje’. Unas y otras brindan valiosos hilos conductores que ayudan a poner de relieve y a hacerse cargo de la tensión, la oscilación, que constituye la *vida* misma del lenguaje.

La “estructura” y el “acontecimiento” del lenguaje –digámoslo un instante antes de aislarlos con el único fin de estudiar esos vectores más de cerca– nunca coinciden completamente, nunca se recubren del todo, se necesitan y reclaman y, a la vez, se repelen: se expulsan mutuamente, poniéndose respectivamente a la máxima distancia posible. Empujan en direcciones opuestas, y lo hacen constantemente hasta contrarrestarse o neutralizarse en su fuerza respectiva, hasta dar lugar a un equilibrio siempre inestable, siempre precario. Conviven en tensión, y cada uno reclama para sí inútilmente su exclusivo y excluyente reinado. Son, a la postre, inseparables: no hay uno sin el otro. Así pues, como hemos de ver, indagando en uno nos vemos llevados al otro.

2.1. LA ESTRUCTURA DEL LENGUAJE

La significación de los mensajes lingüísticos –sean discursos orales o textos escritos– se debe, en primera instancia, a la “estructura” (al “código”) a partir del cual han sido propuestos. Las ciencias del lenguaje ofrecen, a este respecto, un conjunto de explicaciones que la filosofía –sin aceptarlas como dogmas de fe– puede recoger y retomar –lle-vándolas, eso sí, a su propio terreno, mucho más resbaladizo e inseguro que el de las ciencias asentadas y consolidadas–. En un primer acercamiento al complejo asunto de la “*estructura* del lenguaje” vamos a retomar –articulándolos– algunos hallazgos de F. de Saussure, Ch. Morris y, finalmente, U. Eco. Otros lingüistas y semiólogos, desde Ch. S. Pierce hasta L. Hjelmslev, pasando por E. Benveniste o R. Jakobson, J. Greimas, ofrecen también pistas e ideas valiosas, pero nos limitaremos aquí a los autores señalados, intentando aprender de sus investigaciones.

Una “estructura” es un *sistema* de *signos*. Un lenguaje –nos ha enseñado Ferdinand de Saussure– es un conjunto de signos *estructurados*

(organizados, codificados)¹⁸. Adoptamos aquí el término “signo” con precaución pues arrastra consigo una concepción “representativa” del lenguaje que es preciso desarticular pieza por pieza. Según ésta el lenguaje re-presenta algo simplemente preexistente a la entrada en escena de las significaciones lingüísticas; se supone, así, una realidad previamente definida que es ya todo lo que es y nada más que lo que es sin el concurso del lenguaje. Tal concepción –muy tenaz y persistente– es, nos parece, insostenible –probar su inconsistencia como comprensión de la “esencia” del lenguaje requiere, desde luego, una larga y rigurosa discusión¹⁹–. Lo que es, lo que se ofrece y comparece –los fenómenos a los que accedemos en medio de los saberes en los que siendo en el mundo estamos implicados– se muestra, enseña y notifica *lingüísticamente*, es decir: el lenguaje es un *a priori* –cuyo preciso estatuto debe aclararse– de la experiencia del ente, del saber mundano. El lenguaje no “pone”, ni “produce”, ni “crea” la “realidad” a la que se refiere, y, sin embargo, y aquí está el quid de la cuestión, nada “es”, nada “aparece”, si no es dicho o si no puede ser dicho en alguna lengua. Los límites y posibilidades del mundo, de la experiencia del mundo, *coinciden* con los límites y posibilidades de lo decible en el lenguaje. Sin olvidar, de todos modos, que “hay” también *en* lo decible y *en* lo presentable lo *indecible* y lo *impresentable* (de)limitándolo desde dentro y acosándolo desde fuera. La mostración lingüística de los entes en medio de las obras del saber es intrínsecamente *finita*. La noción de “signo”, en definitiva, debe recogerse sacándola con todo cuidado de la tradición en la que ha sido propuesta (el realismo teocéntrico medieval, sea dicho simplificando mucho las cosas)²⁰.

¹⁸ Con gran lucidez, y anticipando un asunto que trataremos al final de este artículo, afirma Paul Ricoeur: «La lingüística estructural impone un desafío a la filosofía del sujeto: el desafío consiste en que la noción de significación es situada en otro campo que el de las menciones intencionales de un sujeto [del lenguaje]», *Le conflit des interprétations*, ed. Seuil, 1969, p. 264. Ese “otro campo” es, precisamente, el de la “estructura”, el del “sistema” de los signos.

¹⁹ Aquí nos topamos con una de las principales vías por las que se ha emprendido, tradicionalmente, la instrumentalización del lenguaje. En Platón y Aristóteles, por citar dos ilustres ejemplos, la “función” del “lógos” no es otra que la de reflejar con exactitud un “eidos” previo, una “identidad permanente” anterior a su operación propia (en esta orientación, dominante en occidente, se ha intentado denodadamente reducir la múltiple fuerza mostrativa del lenguaje ha un solo patrón: el de la lógica del juicio predicativo).

²⁰ En la entrevista de Julia Kristeva a Jacques Derrida, “Semiología y gramatología”, en *Posiciones*, ed. Pre-Textos, 1977, se aborda esta decisiva cuestión.

Un signo es una unidad formada por dos caras distintas, heterogéneas, irreducibles: un significado y un significante. Es, pues, una unidad rota, partida, dividida: una síntesis cuyo resultado ni es ni puede ser una totalidad. Esta distinción, esta dualidad, debe ser expresamente desgajada de otras con las que puede o suele ser conectada sin tener en el fondo nada que ver (gracias a ella es posible, más bien, desbaratarlas, ponerlas fuera de juego). Ni el significado pertenece al “mundo inteligible” ni el significante al “mundo sensible” —con todo lo que esta presunta respectiva pertenencia implicaría. Tampoco el significado es algo “interno” (algo presente ‘en la mente’, situado dentro de ella) ni el significante es algo “externo”; ni son comparables el primero con el “alma” y el segundo con el “cuerpo”. Por otro lado —y sin agotar en absoluto el asunto planteado— el significado no puede ser identificado o confundido con lo que se denomina “referente”. La significación lingüística tiene, desde luego, un importante estrato “referencial”, pero no se agota ni se consume en él. Con el fin de dar una pálida idea de la complejidad del signo diremos lo siguiente: un significado remite a y precisa de un significante (y viceversa), pero también remite a y precisa de otros significados sin los que no estaría definido, delimitado. Se constituyen así dos series o cadenas interrelacionadas: la cadena de los significados y la cadena de los significantes. Claude Lévy-Strauss, en el importante ensayo “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, ha puesto de relieve que estas dos series o cadenas están articuladas entre sí según pautas de superávit o de déficit, de modo tal que sus relaciones están marcadas por la asimetría, la respectiva inadecuación, el exceso y la carencia. Un lenguaje compuesto e integrado por signos es, en definitiva, una totalidad o una unidad fracturada, atravesada por una red de asimetrías que operan a distintos niveles. La “estructura”, por lo tanto, está tejida de diferencias gracias a las cuales es posible una y otra vez la significación de los signos, su capacidad de significar, de decir los fenómenos, de manifestarlos en su propia y peculiar consistencia.

Un sistema de signos es una red de relaciones. En él se estipulan cuáles son las combinaciones permitidas y cuáles las prohibidas. Una estructura es, pues, un *código*, un conjunto de “reglas”. Las diferentes relaciones posibles entre los signos implica que su sistema se organice en torno a tres ejes distintos. En el eje *sintáctico* los signos se relacionan

entre sí según unas precisas reglas inherentes a cada una de las lenguas; en el eje *semántico* los signos remiten a lo extralingüístico según otro tipo de reglas que señalan cuándo esa remisión es adecuada y cuándo no lo es; finalmente en el eje *pragmático* los signos envían –según un peculiar tipo de reglas– a las actividades y situaciones en las que operan los seres que hablan o escriben. Entre estos ejes –irreducibles entre sí– no cabe establecer jerarquía alguna: se requieren mutuamente, convergen a la hora de hacer posible el complejo proceso de la significación del lenguaje²¹.

Lo que acabamos de exponer sobre la *estructura* inherente al lenguaje debe ampliarse y desarrollarse con todo detalle. Ahora –con el fin de señalar un asunto decisivo– acudiremos al semiólogo Umberto Eco. En una de sus obras ha puesto de relieve un fenómeno cuyo núcleo nos conduce al otro extremo de la vida del lenguaje: ese que, desde fuera y desde dentro, *desborda* una y otra vez el relativamente tranquilo remanso de la estructura (conmocionando su estabilidad, conmoviendo o removiendo su equilibrio). Su primer tratado de semiología, publicado en 1968, concluye resaltando que en el corazón de la estructura lingüística habita una relevante –y, a la vez, escondida, casi secreta– “ausencia”. El libro se titula, no podía ser menos, *La estructura ausente*²².

No vamos a resumir la compleja argumentación de Umberto Eco²³. Remitimos a la lectura de su texto. Únicamente arriesgaremos

²¹ La elaboración de ciertos problemas conduce a centrarse en uno de los tres ejes del lenguaje: en el eje sintáctico encuentra asiento el problema de los ‘lenguajes formales’ y las ciencias que los desarrollan: las matemáticas y la lógica; en el eje semántico se concentran los problemas de la referencia, el referente y la verdad del sentido, por ejemplo; en el eje pragmático el de los contextos comunicativos y las situaciones dialógicas en las que se desenvuelven los saberes fenoménicos, etc. Ahora bien: ninguna de estas orientaciones debe caer en la tentación de entender que el eje por el que se mueve es el único y el primordial.

²² Bajo la expresión la “casilla vacía” o el “lugar vacío” Gilles Deleuze ha tratado esta misma cuestión. Por ejemplo en *Lógica del sentido*, ed. Paidós, 1989, y en el artículo “¿Cómo reconocer el estructuralismo?”, incluido en la recopilación *La isla desierta y otros textos*, ed. Pre-textos, 2005. Y Jacques Derrida ha tratado el tema en su artículo “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*, ed. Anthropos, 1989. Ninguna significación lingüística puede propiamente *decir* (exponer en significaciones) esa “ausencia” (ese peculiar “vacío”) y sin embargo sin ella no habría en general proceso significante, articulación de significaciones.

²³ Como breve apunte diremos esto: la “ausencia” en el corazón de la “estructura” del lenguaje significa al menos dos cosas. En primer lugar la inexistencia de un Código de códigos o una Estructura de estructuras (ver, p. ej., pp. 350, 372; a este respecto leemos en las págs. 383-

por nuestra cuenta –aunque basándonos en su hallazgo, en lo que con él se pone de relieve– una respuesta a la pregunta clave: esa “ausencia” en el seno de la estructura, ¿qué es? Es el *hueco* o la *huella* del *acontecimiento*, del acontecimiento *estructural* del lenguaje²⁴. La “ausencia” que horada la estructura propia del lenguaje delata y cobija el acontecimiento que está en su ‘origen’ y en su ‘fin’ –en los distintos sentidos de estos términos–. Como “ausencia” o “hueco” en la estructura el *acontecimiento*, una y otra vez, impide la *clausura* del lenguaje, resuena en todas sus grietas y fracturas: en la que une y separa al significado del significante, en la que opera en las series asimétricas en las que ambos resultan definidos, en la que reúne y dispersa los tres ejes en los que se relacionan los signos, etc. Y resuena, por cierto, de un modo muy peculiar: como algo “ocurrido” y, también, a la vez, como algo “por ocurrir”. En esta segunda vertiente el acontecimiento –dibujado como un hueco o como una ausencia en la estructura– se constituye el *por venir* del lenguaje, esto es: la eventual llegada de esas significaciones en las que los entes se ofrecen al saber, a la experiencia, a la comprensión. Una significación que se forja y destila, necesariamente, una y otra vez, en el seno de las combinaciones o relaciones reguladas por un código agujereado en su centro, habitado por un hueco o una ausencia imposible de colmar o tapar.

384: «En consecuencia podrán existir estructuras de las lenguas y de los códigos históricos, pero estos no son la estructura del lenguaje, el Ur-system, el código de códigos. Éste estará siempre más allá de nuestro alcance; no es posible ninguna operación metalingüística con los mecanismos elementales del lenguaje, porque es precisamente a base de estos mecanismos que nosotros creemos poder hablar sobre ellos. Estudiar el lenguaje quiere decir, no solamente interrogar la lengua, sino también dejarla vivir». En segundo lugar la “estructura” remite desde su interior a “otra cosa” (a la que nosotros denominaremos “acontecimiento”): «... cada vez que se quieren reducir estos universos estructurados [de las lenguas] a su origen profundo se descubre un no-origen que no está estructurado ni es estructurable», p. 379; «Lo que las investigaciones sobre la comunicación descubren no es una estructura subyacente, sino la ausencia de estructura. Es el campo de un “juego” continuo ... Si en el origen de toda comunicación, y por lo tanto de todo fenómeno cultural, hay un juego originario [un acontecimiento, un acontecer], este juego no puede definirse recurriendo a las categorías de la semiótica estructuralista. Entra en crisis, p. ej., la misma noción de Código. Esto quiere decir que en la raíz de toda comunicación posible no hay un Código, sino la ausencia de toda clase de código», p. 384.

²⁴ Señalando en esta dirección apunta G. Vattimo: «El acto inaugural que produce una modificación del código no puede provenir de un puro movimiento interno del mismo código», *Más allá del sujeto*, ed. Paidós, 1989, p. 74.

2.2. EL ACONTECIMIENTO DEL LENGUAJE

El hilo conductor que mejor ayuda a hacerse cargo de esta segunda dimensión del lenguaje —la más enigmática, la más difícilmente tematizable, la más interesante y extraordinaria— es, nos parece, el lenguaje poético o, en general, el lenguaje literario. Enseguida se verán los motivos de esta elección. Con ella, por otro lado, se pretende discutir con las indebidas exaltaciones del “lenguaje ordinario” que han tenido lugar en la “filosofía analítica” a partir de la crisis de la versión “logicista” del giro lingüístico. Las obras excelsas de una lengua no se hallan nunca en las ‘frases hechas’ que circulan en la vida cotidiana, y es en esas obras —poéticas, literarias, teatrales— donde una lengua es lo que es, es decir: donde *brillan* sus más altas posibilidades, donde resalta su riqueza y excelencia. Pretender medir lo alto por lo bajo —desconociendo o ignorando una sutil jerarquía— es, simplemente, un absurdo. El que se comete al ensalzar los estándares del “lenguaje común y corriente”. Éste, en ningún caso, puede dar la pauta a partir de la que entender lo radical del lenguaje, su raíz, su vigor, su fuerza; el lenguaje ordinario no debe ser denostado, pero tampoco ensalzado o glorificado.

El lenguaje *acontece*, y por eso remite, en última instancia, a un acontecer inagotable. Y lo hace incluyendo en su estructura ese acontecer en el que y por el que una y otra vez (re)surge. El acontecer del lenguaje no es, de todos modos, homogéneo. Hay grados de acontecer y distintos tipos de acontecimiento. La cuestión es, pues, muy compleja y reclama una afinada y minuciosa investigación.

¿Qué nos indica sobre ésta cuestión el hilo conductor propuesto? En las artes del lenguaje se torna más *evidente*, más transparente lo que de “acontecer” hay en el lenguaje; la lingüística, al contrario, es más receptiva a su aspecto “estructural”. En el *decir excelente* (o en la excelencia del decir) propio de la poesía —o la literatura, o el teatro— es más notorio algo que de todos modos —y según grados— no ocurre sólo en el saber artístico sino, a su manera, en *todas* las clases de saber (desde el saber científico al religioso, etc.)²⁵. No se trata aquí, pues, de exaltar

²⁵ Pensado a fondo “lo poético” del lenguaje —su poeticidad eventual— atraviesa y sostiene cualquier rincón o recoveco del lenguaje (el de la ciencia no menos ni más que el del arte, etc.).

ahora al saber artístico estableciendo una superflua jerarquía entre los diferentes modos de comprensión del mundo, entre las irreducibles formas de experiencia.

Las artes del lenguaje —y esta es la peculiaridad suya que en este contexto destacamos— experimentan en carne propia la *impotencia* del lenguaje: su insuficiencia, su falta, su fallar a la hora de permitir decir lo que reclama ser dicho y, así, mostrado. Hacen, pues, una viva experiencia de los límites y las posibilidades del lenguaje: habitan expresamente, sin subterfugios, en la pugna feroz entre lo decible y lo indecible, lo presentable y lo impresentable. De aquí extraen, en último término, su *fuerza* (la que precisamente le falta al lenguaje normalizado —el que cumple a rajatabla el correspondiente código, dando pábulo sólo a las “frases hechas”—). Sólo experimentando a fondo, y cara a cara, la impotencia del lenguaje (la imposibilidad de mostrar algo que pide y solicita ser mostrado) cabe alguna vez alcanzar sus más excelsas posibilidades.

Cuando se tiene viva noticia de la falta de(l) lenguaje, de su *insuficiencia*, ¿qué hacer?, ¿qué se hace? Se inicia —desde el lenguaje y en el lenguaje que se ha evidenciado insuficiente, pues de momento es el que hay— una *búsqueda* —unas veces fecunda, otras estéril, pues cabe buscar y no hallar—. Se inicia, pues, un *camino* hacia un lenguaje inédito o hacia lo inédito en el lenguaje. Y en este encaminarse hacia lo indecible e impresentable desde el lenguaje fáctico las artes del lenguaje se topan con su raíz: con el *punto* en el que la estructura recibe el empuje del *acontecimiento*, ese punto —inanticipable, imprevisible— en el que *en una obra* del saber ocurre una re-significación en la totalidad de lo decible, en el conjunto de lo que puede mostrarse, ofrecerse, comparecer. Ese camino —en cuyo *centro* despunta el acontecimiento, fuente del hallazgo que colma la búsqueda— incluye, pues, una des-estructuración y una re-estructuración del lenguaje —que, como tal, conocen grados, por supuesto—. Es en ese punto, en ese límite, donde el lenguaje vive, se renueva, resurge, eclosiona, brota. Es a ese punto al que una “filosofía del lenguaje” debe orientar toda su atención y dirigir su esfuerzo clarificador.

CONCLUSIÓN

Vamos a formular dos series de conclusiones que enlazan con lo que hasta aquí hemos planteado. La primera consta del rechazo de dos tesis, la segunda pretende exponer una alternativa respecto a lo que acaba de ser desmentido.

Comenzaremos poniendo en tela de juicio dos ideas –internamente conectadas por otra parte–:

Es incierto que estemos legitimados a afirmar que nosotros somos el *Sujeto* del lenguaje (eso que lo soporta, sostiene y fundamenta, eso que lo explica y permite esclarecer su poder). El lenguaje es *más* que una facultad nuestra: no es una capacidad innata, preformada, provista de una esencia fija y universal, ni tampoco una disposición inicialmente interna que después se exterioriza. No puede sostenerse, nos parece, que los humanos seamos los productores, los creadores, los fabricantes del lenguaje (ni él es un efecto ni nosotros somos su causa). ¿Por qué? Porque ni como ‘individuos’ ni como ‘especie’ *precedemos* al lenguaje –y si no lo precedemos no podemos autoasignarnos legítimamente el papel de Sujeto del lenguaje–. El lenguaje es un *a priori*, un elemento o ingrediente de las condiciones de posibilidad de la comprensión del mundo en cualquiera de las direcciones en las que se desarrolla –y nuestra “humanidad” consiste, en parte, en ser *un* polo del “a priori de correlación”²⁶ en medio del cual comparecen y se destacan los fenómenos en el seno de las obras del saber.

Por otra parte se yerra gravemente cuando se afirma que el lenguaje es un “instrumento” –si bien peculiar y sofisticado–, un medio más o menos apto para fines que nosotros autónomamente proponemos y definimos. Así pues –si estamos en lo cierto– ni “usamos” el lenguaje ni cabe atribuirle a éste una “función”. Ambas ideas no pasan de ser una apariencia –motivada, aunque no por ello justificada– en

²⁶ Esta expresión –procedente de Husserl, pero empleada aquí en un sentido parcialmente distinto al que él le atribuye– indica que toda donación, toda fenomenalidad, todo aparecer de algo en el saber depende de una trama o urdidumbre multipolar en la que cada uno de los polos cooperante es heterogéneo, irreducible y simultáneo a los demás. Cada uno de esos polos constituye uno de los puntos cardinales que definen y delimitan el orbe abierto dentro del cual se desarrollan los saberes fenoménicos que encauzan y organizan nuestra múltiple y diferenciada praxis vital. Remitimos sobre este punto al artículo que mencionamos en la nota número siete.

ciertos fenómenos que dan pie a esa ilusión: la de un lenguaje “instrumental”.

Es menester, pues, rechazar, por ejemplo, esquemas como el siguiente (implícitos en muchas filosofías del lenguaje): “Sujeto→Lenguaje→Objeto”. Un rechazo que implica no aceptar todo lo que presupone: en primer lugar que hay un elemento independiente y autosuficiente (el Sujeto humano) y dos elementos dependientes; en segundo lugar que entre ellos, a partir del elemento fundante, hay una relación de sucesión causal (el Sujeto origina desde sí mismo –sacándolo de dentro– el lenguaje y, después, usándolo cumple con la función –con el fin– que él mismo le ha asignado a su herramienta –a ese medio– : constituir un mundo de objetos compartidos)²⁷. En la medida en que lo que en conjunto hemos expuesto sea correcto, un posible esquema alternativo podría ser este: hombre→lenguaje→mundo, bajo dos requisitos: la simultaneidad de sus tres elementos y una estricta interdependencia que no menoscaba su heterogeneidad, su carácter mutuamente irreductible²⁸.

Si no somos el Sujeto del lenguaje ni este es un instrumento nuestro ¿entonces?, ¿qué afirmar sobre “nosotros” y el “lenguaje”? Por ejemplo lo siguiente.

En primer lugar cabe afirmar que, *a radice, ab initio, pertenecemos* al lenguaje. Así más que de una “humanidad del lenguaje” debe hablarse, creo, de una “lingüisticidad del ser humano” –y no es lo mismo, en absoluto, lo uno que lo otro. Esa radical y originaria pertenencia al lenguaje, por otro lado, se desarrolla como una *participación*: somos, pues, jugadores en el *juego* que el lenguaje una y otra vez nos propone²⁹.

²⁷ En su libro *Lenguaje y apertura del mundo*, ed. Alianza, 1997, Cristina Lafont mantiene subrepticamente este esquema cuando dice que “según Heidegger” (¿?) la “función” del lenguaje es la “apertura del mundo”; según esta explicación usando su lenguaje el hombre (Sujeto) abre su mundo (Objeto). En ningún sitio Heidegger plantea nada ni por asomo parecido.

²⁸ La peculiar situación “mediadora” del lenguaje –situado, como se ve, “en medio”– explica en parte la facilidad con la que se le confunde precisamente con un “medio” organizado para un “fin”. Aquí se encuentra la raíz –que no la justificación– de las concepciones instrumentalistas del lenguaje. Un rasgo propio de éstas, por otra parte, y como bien ha puesto de relieve Jacques Derrida, consiste en ignorar o menoscabar el papel del significante en el seno del signo lingüístico.

²⁹ Sobre la noción de “juego” remitimos a las interesantes páginas de H.-G. Gadamer, en la primera parte de su *Verdad y método*, ed. Sígueme. ¿Cuál es, por cierto, el juego más relevante

Pertenecer al lenguaje y *participar* en él implica pertenecer y participar –aunque sea de un modo diferente en cada caso– en su estructura y en su acontecimiento. Pendiente queda, entre otros muchos puntos, ofrecer más precisiones a este respecto.

En segundo lugar el anterior fenómeno implica o incluye una encomienda: la de *cuidar* el lenguaje, la de preservar y salvaguardar su *vida* evitando su clausura, su empobrecimiento, su anquilosamiento (un lenguaje angostado arrastra consigo, inevitablemente, un mundo menoscabado)³⁰. ¿Cómo, primordialmente, evitar la *clausura* del lenguaje? Asumiendo con todas sus consecuencias, y una y otra vez, la oscilación entre su estructura y su acontecer, haciéndose cargo de ésta su intrínseca y revitalizante tensión. Algo que pasa, entre otras cosas, por renunciar a la creencia de que somos el Sujeto del lenguaje, esto es: por aceptar y asumir hasta el final y con todas sus consecuencias que en modo alguno es un “instrumento” nuestro. *Cuidar del lenguaje* supone, pues, dismantelar la ilusión narcisista³¹ que nos hace sostener que el lenguaje es nuestro: una posesión controlable y dominable, a nuestra libre disposición, a nuestro entero servicio. Sólo se evitará, en definitiva, la clausura del lenguaje en la medida en que lo reconozcamos como un *don*³² respecto al que nos une una *deuda* inconmensurable; una deuda que nunca podremos saldar o cancelar, por más que nuestra *hybris*, a veces, nos haga creer que lo imposible –lo que signa nuestra irrebasable finitud– es posible: adueñarnos del lenguaje.

y decisivo? El juego del aprender e investigar, el juego de la aventura del saber en el que se explora una y otra vez una *terra incognita*.

³⁰ Otro aspecto de la encomienda denominada “estar (el ser humano) al cuidado del lenguaje” consiste en el imperativo de “llamar a las cosas por su nombre”; cuaja y fragua aquí, en este delicado punto, la importante y relevante disputa por las palabras de las “cosas”.

³¹ Aludimos con este término a un justamente célebre texto de S. Freud en el que relata las hasta entonces tres “heridas” infligidas al narcisismo del hombre moderno. ¿Constituirá el “giro lingüístico” la cuarta herida? En todo caso el Sujeto que somos (mejor dicho, que creemos ser) no será desposeído de sus hipotéticas propiedades sin ofrecer una feroz resistencia, y es esa lid estamos.

³² Sobre el lenguaje como peculiar *don* resultan interesantes las tesis que formula Víctor Gómez Pin en sus libros *El hombre, un animal singular*, ed. La Esfera de los Libros, 2005 y *Entre lobos y autómatas*, ed. Espasa Calpe, 2006.

BIBLIOGRAFÍA

01. G. Agamben (2002), *El lenguaje y la muerte*, ed. Pre-Textos.
02. W. Benjamin (1977), “Über Sprache überhaupt und über die Sprache des Menschen”, *Gesammelte Schriften*, t. II (1), ed. Suhrkamp.
03. J. C. Bermejo Barrera (2011), *Los límites del lenguaje*, ed. Akal.
04. Corredor, Cristina (1999), *Filosofía del lenguaje (Una aproximación a las teorías del significado del siglo XX)*, ed. Visor.
05. G. Deleuze (1989), *Lógica del sentido*, ed. Paidós.
06. J. Derrida (1967), *De la grammatologie*, ed. Minuit.
07. U. Eco (1989), *La estructura ausente*, ed. Lumen.
08. A. Fabris (2001), *El giro lingüístico: hermenéutica y análisis del lenguaje*, ed. Akal.
09. J. Habermas (2001), “Filosofía hermenéutica y filosofía analítica. Dos formas complementarias del giro lingüístico”, *Verdad y justificación*, ed. Trotta.
10. M. Heidegger (1959), *Unterwegs zur Sprache*, ed. G. Neske.
11. F. Martínez Marzoa (1999), *Lengua y tiempo*, ed. Visor.
12. _____ (2001), *Lingüística fenomenológica*, ed. Visor.
13. M. Merleau-Ponty (1964), *Signos*, ed. Seix Barral.
14. J. L. Pardo (1991), *Sobre los espacios (pintar, escribir, pensar)*, ed. Serbal.
15. _____ (2001), *Estructuralismo y ciencias humanas*, ed. Akal.
16. R. Rodríguez (1993), *Hermenéutica y subjetividad*, ed. Trotta.
17. R. Rorty (1990), *El giro lingüístico*, ed. Paidós.
18. C. Sini (1989), *Pasar el signo*, ed. Mondadori.
19. P. Sloterdijk (2006), *Venir al lenguaje, venir al mundo*, ed. Pre-Textos.
20. V. Vitiello (1990), *La palabra hendida*, ed. Serbal.